

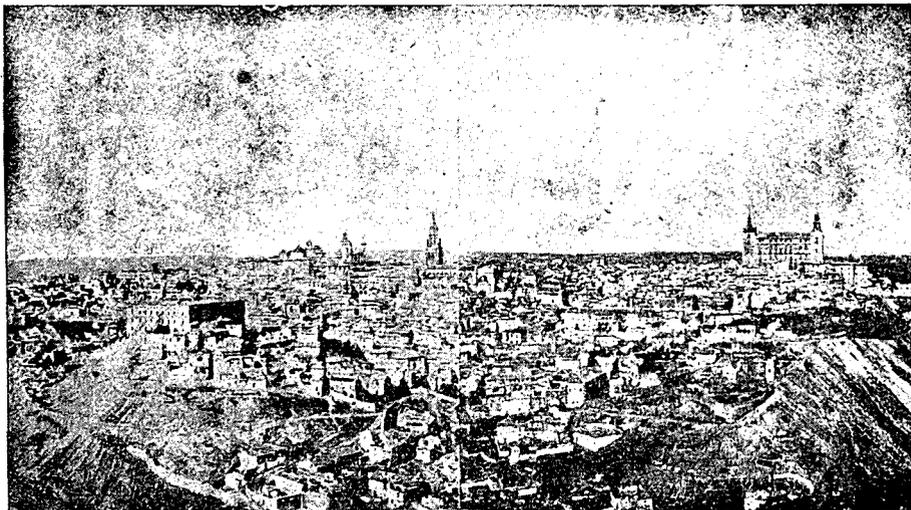
CENTENARIO
DEL
GRECO
REVISTA
DEDICADA Á LA MEMORIA DEL INSIGNE PINTOR

Núm 3.

Redactor-Jefe: D. Juan Moraleda y Esteban.

Toda la correspondencia al mismo: CALLE DE SAN ILDEFONSO, NÚMERO 6

18 Marzo



Vista panorámica de la población.

TOLEDO

IMPRENTA DE RAFAEL GÓMEZ-MENOR.
AÑO MCMXIV

III
CENTENARIO
DEL
GRECO
7 ABRIL
1614-1914
TOLEDO

Inscripción que lleva el boceto de Programa del Sr. Vera.



III.^e Centenaire du "Greco"

TOLÈDE 7 AVRIL 1614-1914

le 5 avril.— *Exposition de tableaux et fotografies au musée du Greco.*

Conférences dans la grande salle du collège.

Récèption à l' hôtel de ville.

le 6 avril.— *Séance des Academiciens.*

Funéraire à l' église Sante Domingo el Antiguo.

Concert musical.

le 7 avril.— *Obsèques solennelles dans la cathédrale.*

Cortège formé par les citoyens de Tolède.

Inauguration du monument du Greco, hymne chanté en son honneur.

Fête littéraire au théâtre de Rojas avec l' aimable concours des éminents artistes María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza ainsi que de quelques excellents orateurs.





III.^o Centenary of the "Greco"

TOLEDO 7.^{TE} OF APRIL 1614-1914

5.th of april.—*Exhibition of pictures aud photos in the museum
of the Greco.*

Lectures in the festival hall of the college.

Reception in the Tonwhall.

6.th of april.—*Acadamical session.*

*Funeral in the church of Santo Domingo el
Antiguo.*

Musical concert.

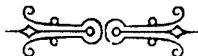
7.th of april.—*Solemn obsequies in the cathedral.*

Cortege formed by the citizens of Toledo.

Inauguration of the monument of the Greco.

Hymn celebrated to bis honour.

*Literal fiest in the theatre of Rojas with the amia-
ble concourse of the famous artists Maria
Guerrero and Fernando Díaz de Mendoza and
varios excellent orators.*





III Jahrhundertfeier des "Greco"

TOLEDO 7 APRIL 1614-1914

5 April.— *Bilder und Lichtbilderausstellung in Museum des Greco.*

Vorträge im Festsaal de Gimnasiums.

Empfang im Rathaus.

6 April.— *Mitgliedersitzung der Akademie der Geschichte und Künste.*

Trauerfeier in der Kirche Santo Domingo el Antiguo.

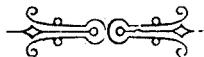
Musikkonzert.

7 April.— *Feierliches Requiem in der Kathedrale.*

Festlicher Aufzug der Bürgerschaft Toledo's.

Enthüllung des Grecodenkmal's und Absingung einer dem Meister geweihten Hymne.

Literarische Feier im Theater de Rojas unter Mitwirkung der hervorragenden Künstler María Guerrero und Fernando Díaz de Mendoza sowie einiger bedeutender Redner.



PROGRAMA DE FIESTAS =====
DEL III CENTENARIO DEL GRECO



PINTADO POR EL TOLEDANO
DON JOSÉ VERA =====



LAS MINIATURAS DEL GRECO

Conocido y estimado era —aunque no cual merecía— el célebre pintor *Dominico Theotocópuli* como colorista consumado, ingenioso creador y distinguido estilista; cuyas cualidades primordiales, amén de su vigoroso dibujo, se conservan y resplandecen en la mayor parte de sus lienzos.

Admiran y suspenden el ánimo sus monumentales cuadros, ya conocidos *de visu* o por reproducciones, por todos los inteligentes del mundo y además por los amantes de lo bello, los turistas y los seguidores del Arte de *Apeles*.

Lo que no se ha divulgado, siendo justo el intentarlo, es que *El Greco* fué además de *gran pintor, excelente miniaturista*: condición lógicamente presumible y enjendrable, porque como un adagio asegura, *El que entre lobos anda, a aullar se enseña*, y otro afirma que *Todo se pega, menos lo hermoso*, y habiendo convivido en Roma a mediados del siglo XVI, *Theotocópuli*, con el celebrado miniaturista *Julio Clovio*, su protector, tomaría de este artista escuela para ejecutar en su vida ulterior obras de arte de este género, como indudablemente las produjo.

De dos *miniaturas* del *Greco*, firmadas, y que representan respectivamente un caballero y una señora - vestidos con trajes de la época de Felipe III—dió cuenta en el año último Mr. Berteaux en la *Revista de Arte Antiguo y Moderno*, añadiendo que fueron adquiridas para los Estados Unidos de América, en donde se conservan.

De *otra* de gran interés también, dimos nosotros cuenta en nuestro folleto titulado *Dos Grecos más en Toledo*. —Toledo 1910.

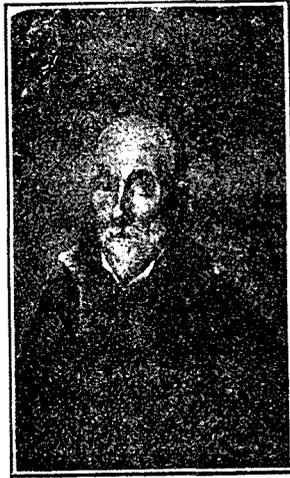
Nos referíamos al notable *retrato* del Capellán Mayor de Mozárabes y autor de una excelente *Historia de Toledo*, doctor *D. Francisco de Pisa*, ejecutada después del año de 1612 para el *Beaterio* que el mismo sabio doctor fundó por la segunda década de la enunciada centuria.

Según consigna el Sr. Cossio en su obra del *Greco*, mide aquel 0.09 - 0.06, y se halla pintado en lienzo pegado sobre una tabla.

Como en nuestro antedicho folleto anotábamos, se conservó esta *miniatura* en el *Beaterio del doctor Pisa* hasta la extinción de estas fundaciones en el pasado siglo, habiéndole poseído luego las Religiosas Benitas; quienes en 1907 le cedieron al Excmo. Sr. Marqués de la Vega

Inclán mediante una cantidad que destinaron las religiosas para reparación de su monasterio.

Acompañamos el fotograbado del dicho *retrato miniatura*, por que bien merece ser conocida de todos esta rara obra de arte y singularmente por los toledanos, quienes tienen que agradecer al *Padre Pisa* una buena *historia* de esta ciudad.



De presumir es el que existan algunas otras *miniaturas* pintadas por la hábil mano de *Domenico Theotocopuli*: el tiempo se encargará de darlas a conocer.

Juan Moraleda y Esteban.

Toledo-1914.

Domeniko Theotocopulo, el Greco.

Pintor, Escultor y Arquitecto.

A través del tiempo y enfrente del viejo Egipto, aun se alza Creta inmundada de luz, persistiendo bravia, entre aquel mar de color de violeta, tranquilo como un lago.

Fué reflector hermoso del sol, el cielo y el mar, como así mismo de la teogonía y civilización del pueblo de las pirámides. Por esta proximi-

dad, el abuelo Osiris vió surgir a Zeus de la raza indo-europea, engendrado por Bel. Por eso Zeus nacido y criado a plena naturaleza, es la originaria representación, espiritual y corpórea del ideal artístico-religioso de la familia aquella, que arrigó en la iluminada isla, madre de la religión griega. Allí conforme al tiempo y lugar, el dios de la noche se transforma en dios del día; el culto a la muerte en culto a la vida.

Mientras el espíritu de Osiris vaga en Egipto, de acá para allá en lucha con las tinieblas, buscando a su doble de madera entre los sepulcros soterrados, el espíritu de Zeus, padre de todo, flota en los aires, palpita en los átomos, arde en los cielos, iluminando a la tierra, hasta encarnar en los hombres, embelleciéndolos, sublimándolos, con las brillantes cualidades de su esencia.

Y era tal la llaneza primitiva de este dios, que no se degradó, al adoptar la forma humana en su mal alta expresión de soberana y activa belleza. Para compartir con los hombres, sintiendo como ellos, todas las manifestaciones propias de la vida intensa terrenal, en plena salud.

Por su plétora vital robó a la bella Europa fenicia, y se la trajo a su isla, hechándola en su tierra, cual semilla de dioses y reyes.

Y en su patria querida fué, donde Zeus hizo madre, a tan hermosa princesa.

Fruto selecto de esta acción fecunda del cielo sobre la tierra, fué Minos, Radamanto y Sarpedón, eslabones misteriosos de cielo y tierra, movimiento, calor, luz; carne, sangre, vida; Mitología, Trabajo, Historia de aquel compuesto humano.

Minos, hijo de un dios, reinó en Creta.

Dédalo, de celeste procedencia como él, le construyó su palacio, conforme a su realeza originaria. La grandiosidad y la riqueza de un arte sugerido por la representación viva del espíritu de un dios, encerrado en el cuerpo humano de más armónicas proporciones, resplandecían en aquella obra. Por eso Dédalo, escultor también, dió vida a sus estatuas, dándoles por sus actitudes, movimiento al cuerpo; alma, por la animación del rostro, según expresaran sentimientos distintos. El fué quien rompió la quietud hierática de las imágenes egipcias, aislando los brazos, aislando las piernas de las que él fabricaba. Y él también, quien inventó las herramientas precisas para trabajarlas en madera.

Y en aquel palacio o *laberinto*, que según Evans, significaba *Palacio del Hacha*, por el símbolo religioso representado profusamente con ese instrumento de dos filos, en todos los muros del gran recinto los cuales también se encontraban decorados con relieves de yeso y pinturas al fresco; siendo así como en esta fábrica arquitectónica, y por estas esculturas y pinturas, cuya antigüedad se remonta a XVI siglos antes de Jesucristo, se reflejaban claramente todas las condiciones excepcionales de aquel pueblo, de costumbres tan sencillas como entusiasta admirador de la naturaleza. La diversidad de los asuntos que representan; la fluidez del color empleado, y la libertad del estilo, para llegar a la expresión gallarda de un naturalismo familiar, espléndidamente alegre, sano, y de una elegancia varonil, característica singular de aquella raza, son hoy una revelación extraordinaria, del alma de aquel pueblo exquisito, que sobre la base de la familia, la libertad y el trabajo, supo crear el arte y la religión de la vida. Arte y religión, que constituyó en los tiempos aquellos, el centro primitivo, el foco principal de la civiliza-

ción griega, iluminada esplendorosamente, por el más fervoroso culto a la belleza ideal encarnada.

Y esto había de suceder forzosamente, en un pueblo joven, escogido, demócrata por excelencia, donde no hizo mella la teocracia, porque como su dios aparte la fuerza y la inmortalidad, el jefe de la familia lo era todo: padre, ciudadano, sacerdote, esposo, juez, amparador cariñoso de su prole, y corrector severo de sus desmanes.

Pasó el tiempo. En su transcurso voraz renacen alternativamente y llegan a florecer, derramando la esencia espiritual de su idealismo, que se afina y transforma, adaptándose a la marcha evolutiva de aquella colectividad selecta, hombres como Orfeo, Homero, Hesiodo, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Sócrates, Herodoto, Aristóteles, Platón, que lentamente preparan el tránsito social del politeísmo griego, que habría de fundirse poco a poco en la Trinidad Cristiana, ocasionando sucesivamente el triunfo sobre todo aquello, a la moral pura del Nazareno.

Fueron pues, los helenos por su brillante historia, una raza altamente progresiva, que logró reunir, equilibrándola perfectamente, con una sencillez primitiva y una visión tan clara de la verdad, las condiciones psico-físicas del individuo, como base de una sociedad ampliamente libre, animada, fortalecida por la expresión vivaz, de un arte soberanamente hermoso, imagen fidelísima de un pueblo de dioses y reyes.

Desde las predicaciones del *Ungido* pasan diez y seis siglos escasos. Luchas encarnizadas, destrucciones abominables arrasan la tierra y las almas, con los horrores de la guerra. El cristianismo; idea de paz y de caridad, se impone por la fuerza. La república veneciana, El León de San Marcos, había dejado caer sus garras codiciosas sobre *Kandar*, libertándola de los turcos en 1211. Aquellos modernos fenicios, en 1578 aún dominaban en Creta. Años antes, en la misma isla, cuna de dioses, nació y se crió como Zeus, *Domeniko Theotocopulo*. Y sobre aquella tierra iluminada por un sol radiante; bajo aquel espacio azul purísimo, donde se dibujan envueltos en una claridad poética los montes, los bosques, los árboles, las casas de campo, y las masas arquitectónicas de ciudades enteras, con sus templos, palacios y estatuas en lo más alto; entre los monumentos admirables mutilados a veces por la barbarie de la guerra, productos arrogantes de un arte supremo allí acumulado por una raza depurada por el sentimiento de la belleza, y que reflejó su alma en cada trozo que arrancó a sus montañas de mármoles diáfanos cual si se hubiera empeñado en introducir las palpitations del amor y la vida, en el corazón de las piedras; la visión constante de una naturaleza bellísima, alagada por un clima benigno; el goce que habría de proporcionarle la contemplación y disfrute de un campo fértil y alegre, animado de pastores y pastoras, labradores y artesanos, industriales y comerciantes, que empleaban su actividad en un trabajo reparador... Por todo esto, unido al conocimiento acentuado de la historia de sus ascendientes de tez pálida-amarillenta, ojos oscuros, cabellos negros rizosos, cuerpos ágiles, y en suma, por atavismo de raza seleccionada, se formó su cuerpo y se templó su espíritu amplio y libre, lanzándose intrépidamente de su patria, esclavizada y deshecha, por elementos extreños.

Helena de pura cepa; amargado por la esclavitud de su patria; admirablemente dispuesto para aceptar las ideas ampliamente progresivas

de San Pablo, cuyas palabras lejanas aún seguían resonando en sus oídos paganos, purificando su mente, afirmando la fe en sí mismo, y despertando en su corazón de verdadero artista, la esperanza de un más allá indefinido, con vislumbres de perfección infinita.

Llega a Venecia. Por la ciudad encantada que parece flotar sobre las aguas, reproduciéndose en ellas enigmática, revolotea su imaginación juvenil, sin que su misterioso influjo le fascine. Pasa a la ciudad eterna, y su grandeza no se le impone. Conoce a los grandes maestros; los trata; sin caer en las admiraciones ridículas. Y joven entonces, con la seguridad del propio valer y la independencia de su raza, viene a España y para en Toledo. ¿por qué? ¿No tenía en Italia ambiente propicio, y talento sobrado, para triunfar en Roma y Venecia? Seguramente. ¿Fué que el Toledo abrupto, legendario, lleno de remiendos históricos; con su paisaje delicado y rudo; con sus lejanas montañas; sus margas rojas, amarillas y grises; sus escarpadas rocas eruptivas, monstruos fósiles soterrados que asoman parte de su piel por entre la tierra; sus vegas sedimentarias divididas en huertos, abundantes de frutales cultivados; sus cigarrales bravios, de siluetas verchinegras que se recortan vigorosas sobre el azul espacio; los rojizos tonos de las rosas desgranadas; el verde blanquecino de las encinas y olivos; los retorcidos albaricoqueros y los almendros estallando en flores, blancas unas, sonrosadas otras; los rayos del sol primaveral azulando los tibios vapores del Tajo, gasa transparente que poetiza la fiera expresión del paisaje y la ciudad, idealizándolos con las galas sútiles del ensueño.

¿Fué cuánto modela la fisonomía enérgica de esta tierra delicada y agreste, cuyo tipo originario sigue siendo esa formidable belleza *rústica* que rodea a la ciudad? ¿Fué aquella sociedad de *hidalgos* castellanos que habitaban en ella, mantenidos en su hidalguía por los campesinos moriscos, a semejanza de los ilotas aquellos que sostenían a los *ciudadanos* griegos? ¿Fueron las sencillas costumbres, el espíritu de libertad comunista, la fraternidad del estado llano, que componía la activísima colmena gremial del pueblo trabajador con su trajín incesante de producción múltiple y diversa, de manufacturas resplandecientes de un arte exquisito? ¿Fué la tierra? ¿Fué el cielo? ¿Fué todo reunido que se movió en su alma griega, por semejanza, los recuerdos de su niñez vivida en su patria, cuando al lado de sus conterráneos disfrutaba las dulces caricias de su madre, al calor del hogar y la familia? ¿O fué obra milagrosa, definitiva, de alguna princesa toledana, de rostro moruno, ojos de fuego, cabellos negros, labios encendidos, manos aristocráticas y porte gentil, la que le hizo arraigar en tierra castellana? Tal pudo acontecer, cuando tan pronto vino al mundo su hijo Jorge, y tanto se complacía en pintar la preciosa figura de la Virgen Madre, tan bien sentida y tan hondamente idealizada, sobre todo en las sagradas familias. Y amarrado ya con los lazos de la carne, con los lazos de la sangre, y con los de la tierra y el cielo, pudo muy bien, al lado de una mujer hermosa y acariciado por su tierno infante, fundido por el amor íntimo del hogar, naturalizarse en esta tierra, y concentrando su atención en su arte, pensar en Cristo, obligado protagonista en las obras de su mayor empeño. Y entonces, conforme a sus ideas progresivas y sublimado por los hermosos sentimientos de padre, al frente ya de su familia trina, percibe las palabras aquellas del Ungido. «Habeis oído que fué dicho:

Amarás a tu prójimo y tendrás odio a tu enemigo. Yo os digo más: Amad a nuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian; para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos y pecadores». Y después seguía escuchando con deleite las fogosas aquellas de su compatriota el Gran San Pablo, el apóstol de muchedumbres, cuando les decía: «No hay primeros ni últimos; no hay ni griegos ni judíos, ni circuncisos ni incircuncisos, ni bárbaros ni esclavos, ni libres, sino que Cristo está en todo». Y terminaba oyendo a San Agustín; Nada hay inmóvil en el mundo, todo cambia. El verano sustituye al invierno, el día a la noche. ¡Cuánto no cambia el hombre pasando de la infancia a la juventud, de la adolescencia a la edad madura y a la vejez! Y entre otras, «La revelación de Moisés no podía por tanto, ser la misma que la de Cristo». Y con esta levadura transformadora, violentamente progresiva, bondadosa y flexible, concibe para su arte al Dios Hombre, tal y como es él, dentro de su espíritu, dentro de su corazón, y así lo pinta: Majestuoso y radiante con la corana del sol, hermoso como Zeus, bondadoso y humilde, como flor delicada, que inclina su tallo, y se deshace en aromas sobre la tierra áspera.

Y teniendo al hombre griego por naturaleza, griego por su espíritu pagano; reformado ya por la esencia del cristianismo, que revolotea en su alma cual mariposa blanca, exaltando la actividad de su mente creadora, podemos muy bien imaginárnoslo oficiando de gran sacerdote en el santuario del hogar, incorporado felizmente al santuario del arte.

La verdad de la vida con todas sus vibraciones más intensas le conmueve y alienta, en los momentos de sus concepciones más íntimas, endulzándole, los amargos reveses de la fortuna. La madre, su hijo, él, frente a todo, ennoblecido y agigantado por la lucha; estimulado por la inteligencia acumulada en su cerebro penetrante; favorecido por multitud de encargos; ¿Qué había de hacer para conquistar la deseada inmortalidad, y la gloria apetecida, como artista de corazón? Trabajar sin miedo. ¿Qué resistencia material más terrible y pasiva se oponía al logro de sus aspiraciones ideales, para verter sus generosos sentimientos, y la esencia de su alma creadora, cristalizándolos en formas reales? La tradición inmóvil, primero, después, el plano cuadro. ¿Qué mayor triunfo para él, que animar a la primera con el fuego de la vida, y disolver el segundo con el calor del entusiasmo y el vigor de la constancia? Plenamente convencido de sus propias fuerzas, comienza animoso sus ataques contra los dos enemigos, reanudándolos sin cejar un día tras otro, y creciendo siempre redoblando su ímpetu, consigue al fin ver palpitar a la primera arrollada y deshecha, una vez destruido y disuelto completamente el segundo. Por el triunfo alcanzado, pone apariencias de verdad con la hermosa mentira del dibujo, la luz y el color, fingiendo una profundidad que en realidad no existe sobre el plano de la tela estirada. ¿Cómo pues desaparece el plano geométrico del cuadro, y se transforma en una dimensión de profundidad infinita, donde pueden apreciarse, desde los espacios etéreos incendiados de luz, hasta los celajes sutilísimos, y las perspectivas aéreas, invisibles casi a través de la atmósfera, allá en las lejanías azules del horizonte indefinido, para venir precisándose según las distancias, más acentuadas, más concretas, mayores de forma y más vigorosas de color, a medida que se acercan a los primeros? Con tierra, polvo al fin de colores distintos.

¿Y cómo pudo resolver el Gran Theotocópulo este difícilísimo problema del movimiento y la luz? Observando constantemente a la naturaleza, que ni se engaña ni nos engaña, porque es en sí, como es en verdad. ¿No le decía bien claro que un cuerpo sólido, inmóvil, opaco, puede muy bien transformarse en líquido móvil y transparente, o en vapor ligerísimo, e iluminarse por la luz refulgente del sol? ¿Qué son los colores? Materia densa, tierra pulverizada después.

¿Qué se hace para difundirlos sobre una superficie? Mezclarlos con una substancia fluida, liquidarlos. ¿Y qué se ha conseguido con eso? Transformar una materia opaca, monocroma y densa, en otra más ligera dándose cualidades de fluidez y por tanto de transparencia. ¿Luego qué pasará si los colores se emplean espesos? Que al secarse la parte líquida, nos darán idea exacta de su estado primario. ¿Y si se usan con mucho líquido? Que al secarse perderán casi su naturaleza corpórea y colorante. ¿Y si estos se extienden sobre tonos enteros de otro color ya seco? Que lo velará más o menos tenuamente según esté cargado o ligero de color. ¿Entonces cómo armonizarlos en sus distintas combinaciones hasta conseguir las apariencias de la verdad, asegurando su permanencia en el cuadro? Pues utizando diestramente toda la gama contenida entre la nota más fina y sutil, y la más densa y grave; dejando secar todo aquello que después convenga transparentar, velándolo con tonos ligeros, a fin de simular el ambiente o aire interpuesto entre las respectivas distancias a que se encuentren las imágenes representadas. ¿Luego todo lo dicho a qué conclusión nos lleva? Pues a la solución magna en pintura, de la idea del movimiento y de la luz, o sea la perspectiva aérea, convirtiendo la tierra en cielo, y el cielo en tierra.

Esto fué lo que vió clarísimo y resolvió completamente *Domeniko Theotocópulo*. Cosa que ninguno antes que él llegó a conquistar.

Por eso empleó con acierto rayano en lo increíble el sistema de las veladuras, llegando a una percepción tal, que aquello que se creía facilidad espontánea, es obra lentamente madurada por la continua observación del natural, en su insaciable deseo de hacerlo palpitar en el cuadro, con toda la poesía, con toda la expresión ideal que tiene la vida. De aquí el que en esas finezas de color, en esas exquisitas formas expresivas de sus imágenes, muchos hayan visto al pintor del espíritu, siendo en verdad, el pintor de la naturaleza que tenía delante, frente a su taller del Tránsito.

Pero hay más, los rasgos característicos de sus figuras vivaces, llenas de elegancia y distinción, tienen su origen étnico en la Isla de Creta. Allí, en los frescos de los muros del palacio de Minos descubiertos en Cuosos, por Arturo Evans, se encuentran hoy los gloriosos antecesores del arte idealista del Greco. El movimiento y la expresión, caracterizan bizarramente aquellos testimonios maravillosos, productos de la civilización griega en el segundo período, llamado *Cretense* antes de Homero.

Fué el Greco, naturalista; creyente ingenuo en la idealidad del arte; por eso pudo ser el pintor de nuestra raza idealizada, por eso fué el creador de la escuela toledana, madre de la llamada escuela española.

No rayó como escultor, a la suprema altura a que se elevara como pintor incomparable.

Bien lo dice su precioso grupo destinado a coronar el lujoso marco

hecho por él para su hermosa obra el Expolio, y que hoy se conserva en el Seminario Conciliar. Que esa obra es suya no cabe duda; de su mano y manera son las líneas que lo componen: tan solo él, guiándolas con su mente y su corazón, pudo trazarlas y expresar con ellas combinadas, la gracia infantil, el candor y la viveza delicada de aquellos ángeles que tan voluntariosos y diligentes, ayudan a la virgen que le impone la casulla a San Ildefonso, arrodillado respetuosamente y extasiado ante la reina de los cielos, sentada sobre un trono de nubes y cabecitas de querubines. Todo ello delicadamente sentido, y cuidadosamente trabajado nos causa la ilusión de la verdad por el movimiento y la vida que tiene, no así la parte anatómica que deja algo que desear. Lástima que esta joya de la que diré algo en otra ocasión, no tenga sitio adecuado conforme a su valor extraordinario.

Y como arquitecto solo se puede decir, que no pudo Domeniko reflejar su extraordinaria fantasía innovadora. Esclavizada vivía esta bella arte en su tiempo bajo la tiranía absoluta de una rigidez y de una sequedad, que obligaba a los artistas a la copia servil de los órdenes clásicos, transformados por el utilitarismo de Roma y tenidos entonces como el sumun de la perfección arquitectónica.

En esta época correspondiente al último período del Renacimiento llamado greco-romano, se consagró San Pedro de Roma como el prototipo de la suma belleza en su carácter religioso, imponiéndose cual patrón obligado, para las demás iglesias. Por la sequedad del conjunto, la frialdad de sus líneas y la rigidez geométrica de sus miembros, se inicia rápidamente la decadencia de esta noble arte, que en tiempos del Greco empieza a caer en los desvarios del churriguerismo. Que Theotocópulo ejerció esta profesión no cabe duda; díganlo las trazas de algunas iglesias, sus retablos monumentales, el consabido túmulo de la reina Margarita, el plano y perspectiva de Toledo con la carta topográfica de sus montes, pintados por él, para el Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad.

En resumen diré: Que el Greco no fué un místico español ni podía serlo, por su amor fervoroso a la naturaleza, y su afán de sublimarla a través de un ideal realista, aunque impregnado por el espíritu cristiano. Que la gracia distinguida, el movimiento y la viva expresión de sus figuras, tienen su raíz en *Creta* sentidas intensamente por atavismo de raza, a través de la evolución natural y de los recuerdos más alagueños de su patria querida, siempre palpitante en su corazón y en su alma.

Por eso la representación de la mística española de aquel tiempo no puede en manera alguna ser la suya. Porque no es posible que el misticismo hubiera de encerrarse forzosamente en una forma elegantísima, flácida la mayoría de las veces. Eso ha venido después.

¿Es qué el misticismo español intensamente representado entonces, con toda la potencia espiritual de nuestra raza por Sempecha Alcántara, no residió dentro de una forma exageradamente tosca y fieramente varonil? ¿Es qué el delicado vibrante y sutilísimo, de nuestra Santa Teresa, la hermosa castellana, no residió en un cuerpo de exuberante esplendor física llena de gracia y donaire?

Fué el Greco una planta exótica que realizó los esfuerzos imaginables y opuso todas las resistencias, para conservar su esencia libre, sin adaptaciones que la menoscabaran en lo más mínimo.

Amante de la verdad como la vió nos la dijo, a través de su temperamento griego, excitado por el espiritualismo cristiano.

Así logró hacerlo con nuestro pueblo, en sus postreros años, pintándonos aquella España que se secaba en exagerados ascetismos, o se replegaba fofa en las hojarascas y volutas de un desdichado barroquismo, desarrollado a la sombra o al resplendor de las llamas, bajo la presión formidable de aquella losa fría del poder absoluto, auxiliado por el desaparecido poder, que impedía, que sobre la tierra española, cayera de plano, la luz clarísima del sol de la libertad, de la justicia, y de la belleza bien entendida.

Toledo-16-III-914.

Aurelio Cabrera y Gallardo.

Escultor.

EL ASTIGMATISMO DEL GRECO

Por medio de revistas enciclopédicas ilustradas, de periódicos de Medicina y de Artes diversos, ha sido difundida desde hace tiempo en todos los países, la especie de que el *alargamiento* de las figuras de los cuadros pintados por el *Greco* era producido por una enfermedad de la vista del eximio y admirado artista, cuya dolencia en términos técnicos se denomina *Astigmatismo*.

Conocido y comprobado al presente por eruditos arqueólogos nacionales y extranjeros el hecho de que no existe *alargamiento* excesivo en las susodichas figuras, sino que se ajustan rigurosamente al *cánon* de los griegos *Policleto* y *Lisipo*, quienes determinaron que la altura de toda representación humana debía de medir *siete* y *ocho* veces—respectivamente—la altura de la cabeza, debe preterirse en absoluto la idea de que el *Greco* fuera *astigmata*, y a este propósito nos ocurre exponer lo que sigue:

La dolencia del órgano de la visión, del *ojo*, aún no dolorosa como es el *astigmatismo*, determina una falta de equilibrio entre la concepción y percepción de los objetos, y la expresión gráfica perfecta o sea el trazado y representación de las mismas, que habrían llevado al *Greco* a ejecutar figuras realmente desproporcionadas, teratológicas, monstruosas, cosa que en verdad no se realiza en sus obras, quedando en pleno vigor el razonamiento de que el *Greco* sólo con el propósito de espiritualizar sus hombres y sus santos las imprimió el carácter de obras greco-bizantinas desproporcionadas aceptables.

Además de esto, no se encuentra desproporción entre las dimen-

siones de cabeza, tronco, extremidades, o regiones anatómicamente hablando, ni jamás el *Greco*, víctima del *antigmatismo*, llegó a colocar fuera de su sitio ni una sola figura que por efecto del error visual tuviera que quedar a medio hacer, como creemos habríale acontecido de padecer la lesión de referencia. Si pintó alguna región anatómica desproporcionada tuvo su *por qué* simbólico, nunca por defecto orgánico.

Médicos, físicos, pintores, y otros hombres de ciencia han intervenido en la campaña de si *fué* o *no* el *Greco* astigmata, no teniendo en cuenta los antiguos modelos griegos, bizantinos, de oriente y occidente y hasta visigodos, (pues también las monedas visigodas españolas llevan figuras escuetas, altas, y cabezas con caras largas) que inspiraron a *Theotocópuli* como a sus antecesores, los artistas que decoraron basílicas cristianas de Toledo después de la reconquista, y que aún son admiradas en el Cristo de la Cruz—hoy de la Luz—y lo será en otro templo que oportunamente diremos y en que hemos hallado pintura decorativa del siglo XIII.

A mayor abundamiento de lo dicho, recuérdese que el *Greco* pintó figuras alargadas en los tres períodos de su vida artística, a la vez que pintaba otras sin el enunciado alargamiento: luego simultáneamente *fué* y *no fué astigmata*, y en el cuadro del *Entierro del Conde de Orgaz* existen figuras que están alargadas y otras en forma proporcionada.

Por lo tanto, el ser y el no ser a un tiempo *astigmata* nos lleva a una conclusión inadmisible.

Tengan presente los especialistas de las enfermedades visuales nuestras sencillas observaciones y decidan luego si se puede o no conjeturar que el *Greco* no padeció *astigmatismo*.

Juan Moraleda y Esteban.

Médico

